

**“Destruyan este templo
y lo reedificaré en tres días”**Hohenau, Jesús,
Capitán Miranda.**Juan 2:13-22**

¹³ “Se acercaba la Pascua de los judíos. Jesús subió a Jerusalén ¹⁴ y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas sentados delante de sus mesas. ¹⁵ Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del Templo, junto con sus ovejas y sus bueyes; desparramó las monedas de los cambistas, derribó sus mesas ¹⁶ y dijo a los vendedores de palomas: "Saquen esto de aquí y no hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio". ¹⁷ Y sus discípulos recordaron las palabras de la Escritura: El celo por tu Casa me consumirá.

¹⁸ Entonces los judíos le preguntaron: "¿Qué signo nos das para obrar así?". ¹⁹ Jesús les respondió: "Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar". ²⁰ Los judíos le dijeron: "Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?". ²¹ Pero él se refería al templo de su cuerpo. ²² Por eso, cuando Jesús resucitó, sus discípulos recordaron que él había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que había pronunciado."

No es fácil imaginarse a Jesús con un látigo en la mano. Pero así efectivamente sucedió. Jesús subió a Jerusalén ¹⁴ y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas sentados delante de sus mesas. ¹⁵ Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del Templo, junto con sus ovejas y sus bueyes. Cuando se ve a Jesús en esta actitud, la pregunta que nos viene a la mente es “por qué”.

Tiempo atrás, Dios había establecido un pacto con Israel monte Sinaí, cuando los había liberado de la esclavitud de Egipto. Les había dado leyes, estatutos y los Diez Mandamientos para que los pusieran en práctica. Él les dijo a través de su santo servidor Moisés: ⁴ "Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí. ⁵ Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. ⁶ Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa" (Éx. 19:4-6a).

Pero, ¿qué sucedió entonces? El pueblo de Israel fue desviándose del camino del Señor. Endureció su corazón y no siguió los consejos del Padre celestial. Se extravió en graves vicios y pecados: adorar a otras criaturas, en lugar del Creador de todas las cosas; se dedicaron a la avaricia y a la usura, es decir, a un mal manejo del dinero y de los bienes materiales. Dios, en su gran amor, les envió profetas, a enviados suyos, para prevenirlos del castigo, para que se arrepintieran y volvieran su corazón a Dios. Pero ellos, aunque no todos, despreciaban lo que Dios les decía. Hasta que un día Dios los llevó al destierro, a Babilonia, sin las riquezas que habían acumulado para sí mismos, lejos de su patria, y lejos de Dios.

Este evento fue para Israel una señal del castigo y de la ira de Dios contra el pecado que ellos cometieron. Y al reconocer esto, muchos recapacitaron, y luego de setenta años en el destierro, el Señor se acordó de ellos y les concedió volver a Tierra Santa, donde

reedificaron sus hogares, reedificaron el Templo de Salomón que había quedado en ruinas, en fin, pudieron reedificar otra vez sus vidas.

Tiempo después, cuando Jesús vino a este mundo, la situación espiritual de Israel había vuelto a ser lamentable. Los sumos sacerdotes, los jefes del pueblo y los escribas hacían lo que querían. Pervirtieron la ley de Dios de tal modo, que la palabra de Dios había quedado en un rincón. El culto a Dios en Jerusalén se había convertido en un comercio y en una farsa. La gente peregrinaba de todas partes hacia Jerusalén para rendir culto y ofrecerle a Dios los sacrificios que demandaba la Ley. Para realizar esto, era necesario comprar y vender en el área del Templo bueyes, ovejas y palomas. Esto en sí mismo no era lo malo. Pero lo que Jesús vio, fue en realidad la codicia humana, que había logrado convertir el culto a Dios (que era algo bueno de por sí), en una cosa mala, porque lo había vaciado de sentido; es decir, lo había distorsionado, lo había pervertido de tal modo que el templo, en vez de ser “una casa de oración”, pasó a ser una “cueva de ladrones”.

Jesús, entristecido, no pudo tolerar semejante abuso del nombre de Dios y de la Palabra de Dios, y por eso “hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del templo”. Su corazón santo no pudo tolerar semejante aberración. Ahora bien, dice el evangelista Juan que los discípulos, al ver lo que Jesús hizo, “recordaron las palabras de la Escritura: *El celo por tu casa me consumirá*” (Sal. 69:10). No todo lo que Jesús hizo es válido para nosotros. El evangelio de hoy es una de esas excepciones. Nosotros no podemos ir por la calle pegando con el látigo a todo aquel que profane entre nosotros el nombre de Dios. Pero sí podemos denunciar el abuso mediante la predicación fiel de la Palabra de Dios. También podemos y debemos no tener parte con aquellos que públicamente se reconoce que llevan una vida impía. Aquí pensemos un poco en el relativismo cultural de nuestros días, que llama luz a lo que es tinieblas, y a lo que es tinieblas, lo acepta como si fuera luz. Sin embargo, la Sagrada Escritura es clara al decir que no puede haber comunión entre Cristo y satanás, entre la luz y las tinieblas.

¹⁸ Entonces los judíos le preguntaron: "¿Qué signo nos das para obrar así?". ¹⁹ Jesús les respondió: "Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar". ²⁰ Los judíos le dijeron: "Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?". ²¹ Pero él se refería al templo de su cuerpo. ²² Por eso, cuando Jesús resucitó, sus discípulos recordaron que él había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que había pronunciado."

La acción de Cristo de expulsar a los vendedores del templo, es señal del castigo y de la ira de Dios contra el pecado humano. Un Dios santo y justo no puede tolerar a un pecador injusto. Él exige de nuestra parte el pago por el mal o el daño cometido. Sólo así es que su enojo y justa ira puede ser calmada. La expulsión de los vendedores del templo por parte de Jesús, es señal de la ira de Dios contra el pecado del ser humano. Pero también es señal del enojo de Dios por el pecado nuestro. Nadie está libre de desobedecer los Mandamientos de Dios. Por lo tanto, el ser humano, a causa de su naturaleza pervertida heredada de Adán, no puede agradar a Dios, a menos que venga alguien y lo rescate de la ira de Dios.

Jesús dijo: Destruyan este templo y lo reedificaré en tres días... él se refería al templo de su cuerpo. Cristo Jesús entregó su vida para salvar al mundo del pecado y rescatarnos de la ira de Dios por nuestro pecado. Él fue mi sustituto en la cruz. La deuda que yo merecí pagar con mi muerte, él la asumió y la pagó con su muerte, para conseguirme a mí el perdón y la vida eterna. De esta manera, Dios mostró al mundo su amor, es decir, la justicia del evangelio. Es decir, una justicia que no nos exige nada, sino una justicia y una santidad que se recibe gratuitamente de parte de Dios mediante la fe, sin mis obras. El verdadero templo de Dios es Cristo, y nosotros, como miembros del cuerpo de Cristo, somos hechos parte de ese Templo santo, mediante la fe en la cruz de Cristo.

Porque mediante la cruz de Cristo, comenzó a ser vigente, ya no para Israel solo sino ahora para todo el mundo, un Nuevo Pacto de Dios con los hombres. Un pacto que no impone condiciones para ser salvo, sino un pacto que es incondicional, que antes ya había sido prometido en el Antiguo Testamento por los profetas, pero que se cumplió y entró en vigencia gracias a Cristo. Es un Nuevo Pacto, eterno, que nos incluye a todos, a judíos y a griegos, a gente de color y a gente que no es de color, a personas de aquí y a personas de allá, a grandes y a niños, a personas maduras en la fe, como a personas que son nuevas en la fe cristiana.

Gracias a este Nuevo Pacto inaugurado por la Pasión y resurrección de Cristo, Dios busca que todas las personas lleguen a conocimiento de la verdad y se salven de la ira venidera. Y esto Dios lo lleva a cabo por medio del anuncio de su santa Palabra, de la santa Palabra de la cruz. No importa que para algunos (los que se pierden por su propia culpa) esta palabra sea considerada una locura; o que para otros sea motivo de tropiezo, porque no quieren reconocer su error. La verdad es que confiar en la palabra de la cruz es el poder de Dios que nos convierte y nos salva. Como dice el Salmo 19:7-8: La ley de Jehová es perfecta: convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel: hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos: alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro: alumbrá los ojos.

Que Dios, nuestro Padre celestial, nos mantenga en temor y amor a Él, y nos haga testigos, maestros y evangelistas de su salvación en Cristo Jesús, Aquel que por su Pasión y resurrección restableció y sanó nuestra relación con Dios, a fin de que podamos, a su vez, restablecer y sanar las relaciones rotas con nuestro prójimo. Amén.